

## **DESARRAIGO CULTURAL Y POBREZA: Aproximación a su estudio**

Mayra C. Romero Agüero

### **Resumen**

*Se diferencia la pobreza reconocida culturalmente del estado de miseria urbana con su contexto de desarraigo y anonimato.*

*La situación caótica se presenta cuando las posibilidades mínimas de subsistencia no son satisfechas y alcanzan niveles de desintegración familiar y desarraigo social, lo que produce la violencia observada en diferentes dimensiones de la vida social costarricense.*

### **Abstract**

*Poverty recognized culturally by the state of urban misery is differentiated from that recognized in the context of exile and anonymity. The situation presents itself as chaotic when the minimum possibilities of subsistence are not satisfied and when levels of family and social disintegration are reached, producing evident violence in different dimensions of Costa Rican social life.*

La situación que vive la sociedad costarricense no tiene parangón en la historia; aun situándose en el contexto de generaciones pasadas, dentro de relaciones gamonalistas en las que prima un Estado gendarme, incapaz de resolver los problemas de la sociedad civil; o bien, de los primeros años de la Segunda República, en la que el Estado benefactor asume la política de proteger a los débiles y poner como horizonte de su proyecto, la distribución equitativa de la riqueza social. Sabemos que en ambos contextos hay mucho de encubrimiento ideológico en el discurso y en

la práctica de la política igualitaria o democrática; limitaciones para los pobres y acumulación para muchos; pero hasta los años 70s., la Democracia costarricense cumple, en un alto margen, con los postulados que le caracterizan; es decir, se respira un aire de respeto por los derechos y deberes dentro de un sistema de participación popular; su proyecto político se hace realidad con el esfuerzo de cada ciudadano ante las alternativas que el Estado brinda frente a las expectativas de educación, de trabajo, de vivienda, de seguridad social en general. Muchos son los costarricenses que se

profesionalizan bajo la cobertura de una Educación Superior Pública; otros muchos, son propietarios bajo los proyectos de viviendas o tierras que el Estado promueve. La cobertura de la salud pública alcanza niveles casi comparables con países desarrollados; la electrificación del país y el desarrollo vial solo puede ser el resultado de un Estado benefactor que piensa en el bienestar general.

La crisis de gobernabilidad actual comienza a mostrar el desmantelamiento que se hace de todas las instituciones; su resultado deja al desamparo a miles de costarricenses; muchos son los empleados que están en la incertidumbre de su futuro más próximo; por otra parte, quienes comienzan hoy sus estudios universitarios, difícilmente pueden vislumbrar una situación satisfactoria de realización personal, al carecer de posibilidades de empleo. El dogma que prevalece actualmente proviene de los organismos financieros internacionales; y este dogma es quien dicta el sacrificio para los más pobres que son la mayoría, para que los menos concentren aun más sus riquezas, ofreciendo distribuir y mejorar en un futuro próximo, el producto de su acumulación. Tal falacia se inspira en el principio neo-liberal que sostiene que el desarrollo social será posible cuando el sector capitalista pueda tener los recursos suficientes para repartir entre la mayoría. Es esta, sin duda, una argumentación falaz del pensamiento neo-liberal.

La realidad de la crisis actual ha sido tratada en diversas oportunidades; connotados estudios han demostrado su origen y su desarrollo (Goroziaga, X. 1979). A nivel nacional, se ha demostrado también, su carácter y la situación concreta de sus efectos, (Vega, 1994) (Cordero, 1993). En fin, sin duda, existe una preocupación permanente de los sectores pensantes de nuestra sociedad por el fenómeno de la crisis; en el centro de tales discusiones políticas, sociales y culturales está el problema del deterioro y la descomposición de las estructuras vigentes de la sociedad costarricense; de todo ello, la pobreza es quizá la evidencia más inmediata que nos muestra su realidad. Como hemos expuesto en un trabajo anterior (Romero, 1994) se hace mención a que el 42% de la población costarricense está por debajo de la línea de pobreza, lo que significa una mayoría alarmante.

Existen diversas maneras de abordar el problema de la pobreza. La experiencia obtenida por un trabajo de investigación reciente (Romero, 1994) nos lleva a la siguiente reflexión.

#### LA DECISION FATAL O EL CAMINO A LA DESESPERACION

Nadie se pregunta ¿qué sucede cuando las familias campesinas y pobres deciden emigrar a una ciudad que no conocen; a un sitio en donde no tienen raíces sociales o culturales porque no nacieron ahí?

Hay que recurrir al significado que tiene para las personas el sentido de pertenencia y de identidad cultural. Es tan simple y a la vez tan complejo el saber que todos nosotros, actores sociales no lo somos por casualidad, sino que somos humanos porque todos hemos pasado por el proceso de socialización que nos integra y nos ubica en un mundo social en el que nos vamos a identificar como individuos miembros de la sociedad (Martín-Baró, 1979). En el correcto sentido del proceso de socialización, todas las personas asumimos un principio de identidad en medio del diverso y complejo mundo de las relaciones sociales. Cada uno de nosotros sabe a qué lugar o región pertenece y con quien participa; quienes se vinculan a su mundo y de que manera se responde socialmente frente a los otros (Martín-Baró, *op. cit.*). La socialización por tanto desarrolla en los sujetos sociales una serie de mecanismos que les permite integrarse a la sociedad; la persistencia y reproducción de sus valores, normas y principios hacen que el orden social no pierda la continuidad como sistema en un constante devenir histórico. Se define por tanto que la socialización, como proceso histórico, será también el significante social y personal para los miembros de una sociedad o de un orden social que hará de estos, personas integradas e identificadas a un contexto diverso pero a la vez único e identificable (Martín-Baró, *op. cit.* 1979).

En consecuencia, el desarraigo social tanto como el no ser reconocido como perteneciente a una comunidad, a un pueblo o región, crea en los sujetos sociales un sentido de anonimato, a quienes nadie conoce, por quienes nadie se ocupa de ellos, que van y

vienen sin ser reconocidos. Esta es la realidad de miles y miles de personas que han ido cayendo en la vorágine de un cambio social deshumanizante que caracteriza a la sociedad actual. Muchas de esas familias que han tenido que emigrar a la ciudad porque la estructura del orden rural han variado en su perjuicio, se encuentran en este estado de desarraigo; la experiencia a una nueva vida en la ciudad los enfrenta a situaciones inmanejables, pues tampoco pueden adoptar la cultura urbana; han llegado muy tarde para ello; los medios socializantes adquiridos son muy diferentes en el mundo urbano; sus hijos sufren el mismo proceso al no encontrar en la ciudad los mecanismos integradores de los que hemos hablado. Muchas historias de vida de personas que han emigrado a la ciudad (Romero, 1994) comienzan por señalar la desintegración que sufren las familias en las que el padre no logra encontrar la estabilidad para mantener su hogar; la separación y el abandono son los primeros fantasmas que azotan el hogar y continúan por separarse de los hijos que crecen como cada quien pueda; comienza así el doloroso proceso de la desintegración que da como resultado un destino incierto para los hijos y un rompimiento fatal de lo que en algún momento constituyó una familia.

Cuando el campesino toma la decisión de emigrar a la ciudad, puede decirse que está firmando en ese acto su propia condena. Pocos son los que logran encontrar una tabla de salvación para no sucumbir (Romero, 1994).

Estas son algunas de las razones por las que la delincuencia juvenil no puede verse aislada del contexto global en el que influyen no solo los procesos socioeconómicos que se nutren desde luego de un saldo considerable de pobres; sino también de aquellos aspectos ideológicos, culturales, psicosociales en los que caben también los que bien pueden denominarse de carácter existencial.

¿DONDE COMIENZA ESE DESARRAIGO  
SOCIAL Y DONDE TERMINA  
LA REALIDAD DEL ANONIMATO?

Para esto hay que comenzar señalando lo que es el proceso de urbanización, aparecido desde la segunda mitad de este siglo, con la explosión modernizante del desarrollismo

que es capaz de transformar la vida social de un ruralismo casi bucólico a pesar de pobreza y limitaciones, a un urbanismo basado en el desarrollo de las tecnologías aplicadas para la uniformación del mundo. Hoy día se conocen altas tasas de crecimiento económico; las comunicaciones rompen con todo aislamiento y la ciencia parece no agotar su capacidad creadora para el desarrollo humano; basta con citar los métodos de reproducción múltiple conocida como el cultivo de tejidos que muestra su capacidad para asegurar la supervivencia de un planeta abastecido casi sin límites, si se tratara de nutrir a los millones de seres humanos que carecen hoy día de las más elementales necesidades básicas. O bien el adelanto en las comunicaciones capaz de transportarnos al mundo en segundos con el desarrollo telemático; sin embargo, nunca en la historia de la humanidad se ha visto tal abismo en la comunicación humana (Gorostiaga, 1992). A pesar de ese extraordinario desarrollo científico tecnológico, el fin del milenio muestra un saldo negativo en el proceso de realización humana. La civilización occidental, tecnocrática, individualista y racionalista, ha sido incapaz de resolver los grandes problemas de la humanidad, tales como el incremento de la pobreza y la expansión de una crisis existencial conocida en lo fundamental por la violencia, la criminalidad y los suicidios (Romero, 1992). Esta ha sido la tónica general de los países en donde sectores mayoritarios de la población quedan al margen de toda participación en la distribución de la riqueza social y sufren la exclusión de sus raíces, fenómeno que se ha agudizado con los procesos de urbanización.

#### URBANIZACION Y VIOLENCIA VS. POBREZA E INTEGRACION

Cuando se analiza el carácter que asume la pobreza en un medio social, hay que distinguir dos connotaciones importantes que la definen:

a) **la pobreza reconocida  
culturalmente como forma de  
subsistencia**

En este sentido se puede verificar que la existencia de pobres en los países ahora deno-

minados del Sur, ha sido un fenómeno ancestral. La forma de irrupción que hicieron los colonizadores europeos en todo el Continente, dejó como herencia a las grandes mayorías de campesinos o indígenas en estado de pobreza permanente.

Sin embargo, cabe señalar que existe una diferencia importante entre lo que significa, por una parte, un nivel básico de subsistencia basado en el autoconsumo; y por otra parte, la miseria generalizada originada a lo largo de un proceso de pauperización prolongado.

En lo primero, los pobres están incorporados culturalmente mediante diferentes formas de utilización del suelo, de organización de la producción y hasta vinculados al mercado de bienes y servicios, sin que sus vínculos primarios se vean afectados en sus raíces; tal es el caso de las familias pobres campesinas; éstas luchan por su existencia dentro de una lógica interna que no va más allá de lo que puede ser su reproducción social. Son familias que satisfacen sus necesidades básicas ya sea a través del autoabastecimiento o aun dependiendo de un mercado local; podemos encontrar igualmente a familias urbanas pobres que mediante el aporte económico de todos los miembros en capacidad de trabajar, (incluyendo a los niños), son capaces de satisfacer estas necesidades básicas sin que implique un rompimiento de la integración familiar. En ambos casos, estas familias no son pobres en el sentido de ser desposeídas o de carecer de los elementos vitales de su reproducción social. En lenguaje positivista, la familia es capaz de generar todos los mecanismos de solidaridad para el ejercicio de la cohesión social. Estudios realizados recientemente en Centro América muestran que cerca de un 30 por ciento de las familias consideradas por encima de la línea de pobreza, se mantienen ahí por el trabajo de los niños; careciendo de ese ingreso, que además es pequeño, pasarían a ocupar la condición de pobreza extrema o de indigentes, (PARLACEN, PREALC/OIT, UNICEF, 1994). Por otra parte, sabemos que el concepto de pobreza está ligado a la concepción que se tiene de bienestar, según la óptica de la ideología de mercado, en la que se es pobre si no se consume la innumerable lista de productos emanados del mismo. Hoy día, en que lo ab-

surdo del consumismo uniforma a la población por el consumo de una marca, encontramos que la noción de pobreza califica a la gran mayoría de pobres permanentes puesto que el mercado se ha vuelto inagotable o accesible solo a ciertos sectores privilegiados de la población. Llamamos absurdo en el sentido de que se generan necesidades a los sectores paupérrimos, sin poder alcanzar siquiera el consumo básico familiar. En un reciente ensayo sobre *Economía y Felicidad* (Tavares, M.C., 1993) se resume bien la relación negativa que existe entre ambos términos. Expresa que el trabajo y el consumo parecen ser, a lo largo de casi dos siglos, una de las "claves" del problema de dicha asociación; puede que falte o sobre trabajo; o puede que falte o sobre consumo. En ambos casos se presenta un problema; el trabajo es necesario pero es alienante; el consumo individual es indispensable pero más allá de cierto límite es desperdicio, ostentación, felicidad necia.

Esta reflexión nos lleva a otra; ¿Tiene sentido el trabajo exhaustivo de un obrero que trabaja hasta catorce horas diarias y no alcanza a satisfacer el consumo mínimo de sus necesidades básicas? O bien, ¿lo que gana un joven en una fábrica lo invierte en el consumo de drogas o en comprarse un atuendo de marca en que invierte más de lo ganado?

Los ejemplos son muchos para demostrar que el estado de bienestar de una familia pobre dentro de esta denominación, (sin consumir productos procesados), puede ser en gran medida superior a la de muchas familias que sí se adaptan al modelo del mercado; de hecho, el consumo de productos provenientes de los mercados locales o el uso de utensilios artesanales, etc. no desvaloriza la calidad de vida. Si en el contexto en que se desenvuelve una familia, existen los elementos necesarios para satisfacer sus necesidades básicas, no se requiere más para gozar de bienestar, para ser feliz, para disfrutar del espacio vital que le corresponde en su realidad existencial; en síntesis, la subsistencia considerada como pobreza, percibida culturalmente, no es sino la forma física de expresar relaciones de convivencia más profundas y más plenas desde el punto de vista de la realización humana. La calidad de vida no solo se identifica en términos materiales; existen aspectos difícilmente cuantifi-

cables si no es mediante las formas de representación social; la expresión de lo que se vive y se piensa frente a los aspectos cotidianos de la vida social es un buen parámetro a utilizar. Ponemos un ejemplo que evidencia lo anterior.

En una entrevista hecha a una familia campesina, (Romero, 1994) al respecto decía una informante: "aquí la vida corre como el agua de un río, clarita, clarita; no tenemos problemas, no hace falta nada, porque lo principal que es la comida, la tenemos todos los días y vivimos muy tranquilos" (se refería al sentido de la unidad familiar); si contrastamos esta visión del mundo con alguien que vive subordinado a las exigencias del consumo, perteneciente a una clase media, burócrata, agobiada por deudas y buscando otras porque el fin de año ofreció a los hijos llevarlos a Disney World, el bienestar y la felicidad de la mujer campesina es un buen ejemplo para reflexionar. En esta familia efectivamente no hace falta nada desde la perspectiva de ellos, pues no solo se tiene la comida que es importante; a partir de esa necesidad básica satisfecha, lo demás parece venir por añadidura como las necesidades afectivas y de carácter sociocultural. Muchas de estas necesidades se satisfacen con actividades comunitarias, organizativas o festividades religiosas. Tienen una identidad con su medio; su visión del mundo puede que no pase más allá del estrecho margen de su caserío disperso entre montañas y ríos, pero su arraigo cultural les da una base social sólida. Esta es la pobreza que vivieron muchos de nuestros padres, abuelos o hermanos pero que no tiene punto de comparación con la pobreza que vemos hoy día en las ciudades o aun campesinos desarraigados de su tierra que recorren de un lado a otro en busca de la estabilidad para su hogar.

**b) La miseria urbana en un contexto de desarraigo y anonimato**

La percepción general que tienen los diversos sectores es de que estamos viviendo cambios acelerados que no logramos explicar. Se nos van de las manos sentimientos que creíamos propios de los costarricenses, que en algún sentido nos hacían creer en un *status*

particular, en relación a otras ciudades centroamericanas. La fuerza cultural de ser un país democrático y pacifista había calado por tantos años en el inconsciente colectivo, que casi habíamos olvidado que los procesos sociales son eso, procesos que en determinadas circunstancias se vuelven como un "bumerang" y pueden ser capaces de convertirse en efectos involutivos que estancan o destruyen los avances de otras circunstancias históricas. Es esto quizá lo que estamos viviendo los costarricenses. Visto en retrospectiva, los treinta años de bonanza del Estado benefactor dejó profundas huellas quizá por la inteligente manipulación con que los políticos han sabido conducir a sus masas clientelistas; lo cierto es que en el momento actual, en que se hace difícil una diferenciación ideológico partidaria, se siguen poniendo todas las esperanzas en el próximo candidato que le corresponderá regir los destinos del país, sin cuestionarse siquiera las graves contradicciones que afloran cotidianamente. Los recientes acontecimientos a raíz de la huelga magisterial, puede variar sustancialmente los procesos electorales del futuro; sin embargo, no queremos desviarnos de nuestra reflexión; valdrá la pena otra oportunidad para hacer un balance político de ese evento. Lo que si nos atrevemos a afirmar es que, en estas circunstancias, la nueva situación costarricense se caracteriza, en lo económico, por la crisis más profunda de los últimos años, en que lo relevante es la subordinación al sistema internacional; lo hemos sentido cuando las políticas fiscales, financieras y económicas asumieron en su totalidad, las exigencias de los organismos internacionales cuando se impusieron las nuevas relaciones emanadas de los programas de Ajuste Estructural. Así, la década de los ochenta se inició con el derrumbe de la economía como brevemente los hemos señalado. Según un reciente estudio se muestra que

" el Producto Interno Bruto (PIB) *per cápita* bajó en 2% en 1979-80, en 4,1 por ciento, en 1980-81 y en 11,5 por ciento en 1981-82; se contrajo la demanda interna en un 26 por ciento y la formación bruta de capital se redujo en un 46 por ciento. Una economía que en 1977 generó 39 700 nuevos puestos de trabajo, só-

lo abrió 3900 en 1981. Se elevó el desempleo abierto de 5,9 por ciento en 1980, a 9,4 por ciento en 1982, al tiempo que cayeron los salarios reales promedio entre 1979 y 1982 en un 40 por ciento, lo mismo que la producción global decayó en un 6 por ciento y la *per cápita* en un 16 por ciento" (Vega, 1993).

Con estos datos fácilmente se comprende el proceso de empobrecimiento que se fue generando; paralelamente se creó una nueva imagen de los sectores asalariados que iban siendo excluidos por la fuerza de las transformaciones estructurales que impulsaban una restricción de la fuerza laboral, cada vez más acelerada; estos sectores fueron engrosando la nueva figura de una economía popular que aparece desde ahora en los ámbitos académicos como la llamada "economía informal", lo que es el resultado directo de las transformaciones sufridas en estos años y que ha obligado a importantes sectores de la Población Económica Activa (PEA) a desempeñar las más inusitadas actividades para sobrevivir. De hecho, en la economía informal opera un universo de empresas y actividades no registradas, que se mueven fuera de la legalidad o en sus fronteras, frecuentemente adaptando al nuevo medio las estrategias, normas y costumbres de una sociedad que tuvo un pasado de pobreza, sobre todo en la creatividad para ejercer el comercio y buscar en las necesidades más cotidianas el recurso de la sobrevivencia; así podemos encontrar en las aglomeraciones de la avenida central, las ventas callejeras con las comidas populares, (café, elotes, arroz con leche, mazamorra o gallos de verduras), que satisfacen las necesidades básicas de ambos concurrentes: aquellos que por la propia naturaleza de sus escasos recursos no pueden satisfacer una alimentación plena y se alimenta sencillamente, con un elote; y el otro que con su subempleo logra adquirir un salario que al menos le permite una subsistencia mediocre. Fuera de la legalidad, como son los vendedores ambulantes, no solo son símbolo de un deterioro económico sino que muestran una habilidad para ejercer sus propias reglas del juego y ser también un sector con cierta capacidad contestataria. La importancia de los grupos populares, especialmente la población mi-

grante, (interna o externa), en la manifestación de este fenómeno, es fundamental. Sin embargo, su análisis requiere un tratamiento que no está entre los objetivos de este trabajo. Si en lo económico la situación costarricense refleja un espacio de grandes limitaciones para los sectores mayoritarios, hay otras dimensiones igualmente importantes que son fuente de conflicto e insatisfacción; así vemos, en lo administrativo, una creciente centralización formal de los servicios del Estado, acompañado de una contracción del alcance efectivo de los mismos. No es extraño escuchar las quejas constantes sobre los pésimos servicios particularmente en el sector salud; el creciente proceso de educación privada por la ineficiencia de la educación pública que alcanza a la educación pública superior; todo en detrimento de los servicios que limita el acceso de las grandes mayorías, beneficiarias directas de un Estado benefactor que creó en otro momento estructuras democratizantes, hoy en clara desventaja frente a la ola expansiva de la privatización.

Frente a este estado de cosas, lo más impactante que ha visto la sociedad costarricense es lo que ocurre en lo social, pues se enfrenta a un vertiginoso incremento de las expectativas frustradas por causa de la incapacidad del sistema para satisfacerlas. Son muchos y muy variados los estudios que han mostrado lo que puede llamarse el costo social de la crisis. Hasta se han visto las discrepancias entre organismos internacionales que no logran empatar sus criterios sobre el aumento de los pobres (CEPAL, BANCO MUNDIAL, 1993). Lo cierto es que desde la llamada "década perdida" para el desarrollo, refiriéndose a los años ochentas, la crisis en América Latina, no cesa de profundizar en los estados de pobreza que se considera casi demencial. Como hemos dicho, esta crisis ha estado marcada por una caída del empleo y sobre todo, por una radical disminución de los ingresos. Esta situación es la que permite reflexionar acerca de la miseria en un contexto de desarraigo y anonimato, puesto que en las circunstancias en que viven miles de costarricenses, la única respuesta que tienen a sus necesidades básicas es, por desgracia, la más clara indefensión frente a la fuerza despiadada de la pobreza extrema.

## A MANERA DE CONCLUSION

Vistos algunos detalles del incremento de la pobreza, hemos querido mostrar en este trabajo, solamente aquellos datos que nos permiten tener una idea muy general de la situación de pobreza actual y manifestar que según el cuadro que obtenemos de ellos, en nada es comparable a la pobreza culturalmente concebida, según lo que planteamos en otro momento. La miseria como producto de una situación excluyente, se aleja mucho de lo que vivieron, (o viven), muchos de nuestras generaciones precedentes. La exclusión en lo social deja huellas imborrables en la psicología de los actores y posiblemente, se esté creando un contingente de desarraigados sociales cuyos resentimientos los cobren a un precio muy alto para la convivencia social. La violencia que produce la insatisfacción de las necesidades básicas es difícil predecirla, pero en todo caso, ya la sociedad costarricense conoce mucho de su precio; la criminalidad, el abuso, la corrupción y hasta los suicidios son formas reales y fehacientes de como la sociedad tiene que pagar por los procesos de transformación de una economía de carácter participativo a situaciones ligadas a la economía de mercado, cuyas fuerzas no previenen el antagonismo entre las clases que compiten por la sobrevivencia. La economía de mercado es una lucha entre desiguales, en la que solo pueden superarse los más fuertes. En estas circunstancias, la Democracia como régimen que asegura ciertos niveles de equidad entre los diversos sectores sociales, pierde sentido. Los estados de ingobernabilidad son los que emergen en el escenario de la acción política para desencadenar todo tipo de incertidumbres a nivel de la sociedad civil.

Con los datos aportados se nos relata una sociedad en crisis. Con ello bien podremos intentar un acercamiento para conocer esta realidad.

Como decíamos en otra oportunidad, la pobreza es solo una manifestación del costo humano que han tenido que pagar los sectores más vulnerables en cada sociedad, aun en los países ricos; pero esa vulnerabilidad en cada país pobre alcanza niveles de esquizofrenia; un 42 por ciento de costarricenses en estado de pobreza extrema es una vergüenza

histórica para un país cuyos dirigentes se muestran orgullosos por haber alcanzado prestigio internacional y hasta distinciones de alto honor, como es el caso de obtener un Premio Nobel de la Paz. La actual crisis que engloba todas las dimensiones, política, fiscal, económica, en donde la ingobernabilidad no es la excepción, no admite comentarios para señalar algún cauce por el que se oriente una política a corto o mediano plazo dirigida a estabilizar siquiera la situación actual; todo lo contrario, se percibe la insatisfacción y el desencanto por los dirigentes políticos que no asumen su verdadero papel de administradores de los bienes públicos y del sentido social que darían a su gestión, tal como en algún momento ofrecieron en sus discursos de campaña.

Una reflexión que hemos querido introducir se refiere al carácter mismo de la pobreza. En este sentido pesa mucho el concepto cultural de pobreza, mediante el cual, se intenta señalar que las limitaciones sufridas por no seguir el ritmo de una sociedad impregnada del consumismo, no aparece tan grave cuando están aseguradas las bases para una calidad de vida; en este sentido, campesinos y pobres urbanos con un mínimo de consumo adecuado a sus necesidades básicas, logran mantenerse dentro de los marcos de cierta estabilidad y cohesión social. El peor de los casos aparece cuando esas posibilidades reales de subsistencia no son satisfechas y alcanzan niveles de desintegración familiar y desarraigo social. En las circunstancias actuales, abordar este último aspecto, sería acercarse al conocimiento de una importante dimensión de la realidad costarricense, bañada de violencia e inseguridad.

En medio de la incertidumbre, percibimos sin embargo, algunos rasgos esperanzadores en ciertos círculos de la sociedad civil que ponen resistencia fortaleciéndose en sus intereses más cotidianos; tal es el caso de ciertas comunidades organizadas frente a problemas como el de la basura, o frente al acecho de compañías de explotación maderera u otras actividades peligrosas para el habitat natural.

Para finalizar, creemos que la pobreza no se expresa solo en ausencia de bienes materiales de consumo. Las actitudes conformistas producen una miseria aun más grave. Con-

tra esta miseria que forma parte de la realidad actual, se debe comenzar a luchar; fortalecidos con un pensamiento de autoestima y de posibilidades frente al mundo, se podrá comenzar a organizar y promover la construcción de una sociedad próspera para todos y todas.

#### BIBLIOGRAFIA

- Banco Mundial. *Reportes anuales*. 1989-1993
- Gurriere, Adolfo y Torres Rivas, Edelberto. *Desarrollo con equidad*. CEPAL-FLACSO, 1990
- Cordero, Allen. "Cultura de la sobrevivencia". *Cuadernos de Ciencias Sociales*. n° 57, FLACSO, julio, 1993.
- Hinkelammert, F. *El desarrollo desigual en América Latina*. Educa, 1990.
- Horowitz, David. *La enfermedad de nuestro tiempo*. Siglo XXI, México, 1978.
- Fallas, Helio. *Crisis económica en Costa Rica: un análisis de los últimos veinte años*. San José, Ed. Nueva Década, 1982.
- Gorostiaga, Xabier. "América Latina frente a los desafíos globales". En: *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*. Caracas, Ed. Nueva Sociedad, 1992.
- Martín-Baró, Ignacio. *Acción e ideología*. UCA Editores, 1990.
- MIDEPLAN. "El deterioro de la condición social de los costarricenses". San José, Mimeo, 1983.
- Romero, Mayra. "Las políticas crediticias para el pequeño productor campesino". *Tesis de Maestría en Sociología Rural*. Convenio UCR-FLACSO, 1983.
- \_\_\_\_\_. "La structure agraire costaricienne dans le contexte de la politique neo-libérale". *Tesis doctoral*. Université Libre de Bruxelles, 1990.
- \_\_\_\_\_. "Estrategias de recuperación ambiental en comunidades de producción cafetalera campesina". *Informe de investigación*. Vicerrectoría de Investigación. Universidad de Costa Rica, 1994.
- \_\_\_\_\_. "La pobreza nuestra de cada día". En: *Cuadernos de Sociología*, n° 3. (en prensa).
- Tavares, Ma. Concepción. "Economía y Felicidad". *Cuadernos de Ciencias Sociales* n° 43. FLACSO. 1992.
- Vega Carballo, José Luis. *Pobreza y coyuntura social en Costa Rica en la época de los PAEs*. CEDAL, 1993.

Mayra Romero  
Escuela de Antropología y Sociología  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de Costa Rica  
San José, Costa Rica